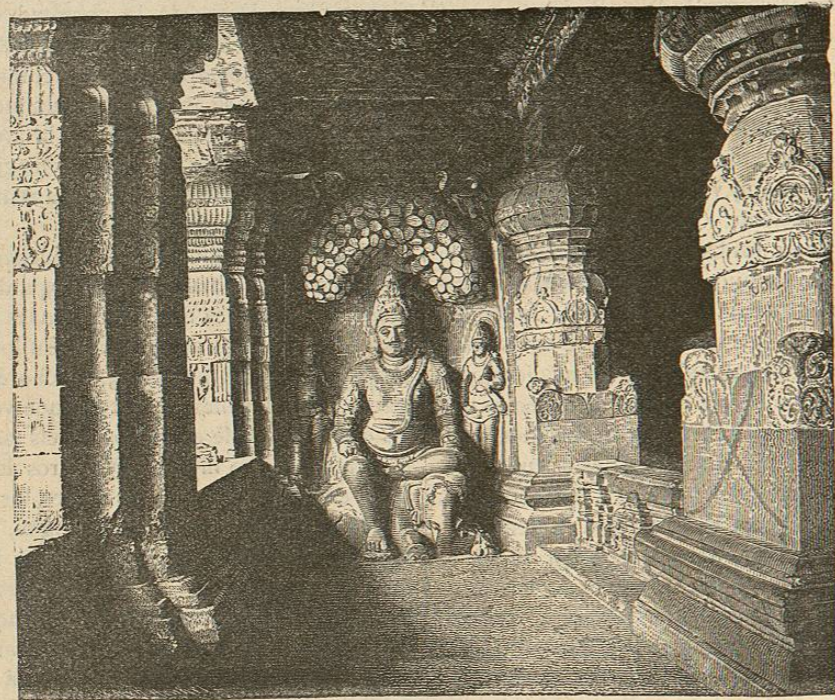


tos se siente el hálito de la fe y devoción más sinceras y de la antigüedad é infancia de un pueblo profundamente religioso, cuyos conceptos sencillos se transmitieron de generación en generación en toda su naturalidad primitiva, hasta que hubo sacerdotes de oficio y se transformó la religión natural é ingenua en un cuerpo artificial. En los himnos posteriores se cita á Manu, el padre de la raza aryo india, á Angiras, á Dadhyank, á Kanva y á Atri como los poetas religiosos más antiguos «cuya ascendencia se confunde con los dioses, como la de los poetas más modernos (de los Vedas) con la de aquellos cantores primitivos;» y bien puede decirse que los aryas-indios en el principio de su existencia dirigían plegarias, himnos y sacrificios á la multiplicidad divina de que se



Ellora; sala de Indra.

do con sus dioses y su intervención en la vida del hombre. Esta intervención y relación mútua consistía en un cambio de favores y obsequios: los dioses concedían ó podían conceder al hombre lo que solicitaba de ellos, y el hombre en cambio rendía á los dioses veneración y culto. Sin el culto, los dioses no podían al parecer existir en ningún pueblo, al paso que los hombres no podían existir tampoco sin sus dioses, ni detener ni contrariar su voluntad é intenciones, ni las disposiciones fijas é inmutables que los mismos omnipotentes, sus autores, observan, velando solícitamente para que los hombres las obedezcan y sigan. Estas disposiciones forman la regla sagrada llamada en los Vedas *ritam*, por la cual se rige el mundo físico, el moral y el espiritual. El amor á este orden, su observancia y fomento es, según dicen muchos himnos, «lo que ha elevado á tan gran poder á Mitra y á Varuna, cuyo ojo, el sol resplandeciente, y cuyos vigías, las estrellas, vigilan de día y de noche para el sostenimiento del orden;» «ellos hacen prevalecer lo que es justo y destruyen lo que es contrario á la justicia; ellos arreglan el curso del tiempo, los años, los meses, el día y la noche; ellos han instituido los sacrificios y el canto sagrado;» «ellos están identificados y han nacido con este orden sagrado; á ellos los terribles enemigos de lo que va contra el orden, corresponde velar por él.» Las oraciones y los sacrificios forman naturalmente parte de este orden inmutable, y la observancia de

veían rodeados doquier se hallaban, que los dirigía en todas sus empresas, en la paz y en la guerra, y á la cual era prudente y forzoso someterse.

CAPITULO III

RELIGION, MORALIDAD Y CULTO EXTERIOR DE LOS INDIOS ARYAS EN EL PERIODO Á QUE SE REFIEREN LOS VEDAS

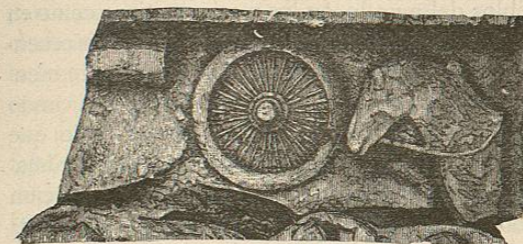
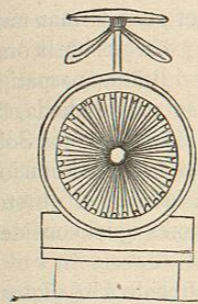
El sentimiento religioso del hombre nace de la fe en la existencia de un poder superior y divino, fe arraigada profundamente en el pueblo aryo indio, conforme lo atestiguan los Vedas. Cuanto pensaba y hacia este pueblo estaba relaciona-

estos deberes constituye, como dice otro himno, «el camino de lo que es justo, camino trazado por los dioses al hacernos conocer el orden.»

Evidentemente ha hecho un progreso grande el pueblo que ha llegado á la convicción de que el mundo obedece á leyes eternas, y no es un conjunto de cosas sin plan ni sistema ni orden, y á esta convicción había llegado al parecer la rama arya indo-persa antes de emigrar de su patria primitiva, pues de otro modo no habrían tenido los dos pueblos las nociones de lo que es justo y debe observarse y de lo que es contra la regla eterna de la justicia, nociones de que tantas pruebas ofrecen los antiguos himnos. No habían llegado á tanta altura ni mucho menos las demás ramas aryas cuando emprendieron su marcha hácia el Oeste, sin exceptuar la rama greco itálica, porque si bien los griegos tuvieron ya en época remota sus Eriunys (1), que para el pecador que había expiado su pecado se transformaban en bondadosas Euménides y eran protectoras de la población rural siempre víctima de atropellos brutales, no representaban, como entienden los antiguos himnos de los Vedas, los deberes morales entre los hombres en general, entre los hijos y sus padres, entre hermanos, entre esposos, ni los que unen á los hombres con los dioses ni, en fin, la moral universal.

(1) Atendido que eran hijas de Cronos.

Lo justo, ó sea lo que está conforme con el órden sagrado del mundo, es también lo verdadero; lo contrario es error, falsedad y mentira; y la mentira y falsedad eran abominadas



Amravati; esculturas de la parte central.

los hombres traidores é intrigantes: «En los dioses,» dice un himno, «todo es verdad y positivo; ellos mismos, Agni, Indra y Brihapati, son fieles sin falsedad ninguna, y como Mitra, Varuna y Savitar, son todos los dioses firmísimos en la verdad;» por esto son verdad las obras que ejecutan, y por esto las oraciones para decir, así sea ó amén, dicen «sea verdad» (*satyam astu*).

Un pueblo tan amigo de la rectitud y de la verdad debía ser también cariñoso y liberal para con el prójimo, y en general generoso y amigo de la virtud en acción.

Por eso también algunos himnos suplican á Agni, el dios del hogar, el mejor amigo de la casa, que aparte de ella el odio y la maldad; que libre de envidia á los mortales, é invoquen á Indra contra la envidia de los enemigos. Otros himnos presentan á los dioses como enemigos del egoísmo, de la mezquindad y de la avaricia, si bien esto se refiere sobre todo á los que no se muestran generosos para con los poetas y los dioses; hay también uno de los cantos más bellos, si no de los más antiguos, que recomienda la caridad en general. «Los dioses no quieren á los avaros;» «para el avaro no tienen sonrisas las magníficas auroras;» «los ruines han de estar en estancias sin luz;» «el que no da nada, no tiene derecho á que Indra se cuide de él.» En otro himno se suplica á Púshan, el dios Sol, que haga dadivoso al avaro y que ablande el carácter del ruin, y las primeras estrofas del himno que recomienda la caridad dicen: «No es solo el hambre la que mata á las personas cuya muerte han decretado los dioses, porque también mueren los hartos; el que socorre con cariño, no verá acabar su abundancia; y el que no tiene cariño, tampoco encontrará misericordia.»

«El que rechaza empedernido al que tiene sed, y no da de comer, sobrándole, al hambriento, tampoco encontrará misericordia, etc.»

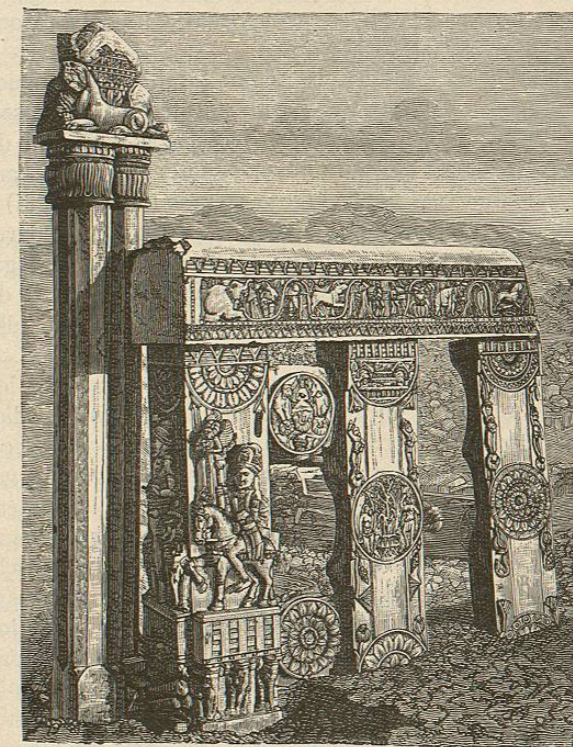
Este himno no es, á la verdad, de los más antiguos, pero entre estos los hay que recomiendan la hospitalidad, y aborrecen todo lo contrario á la sana moral, todo lo que engendra ó es fruto del odio entre los hombres. Así dice un himno: «Como al hombre egoísta, arroja Indra al vanidoso y soberbio;» y otro, glorificando á Indra, dice: «Odia á los soberbios que en la prosperidad se engríen.» Hay otros himnos que señalan á Agni como custodio de la justicia, é invo-

can la protección de Indra contra el desprecio, las malas lenguas y los pendencieros; ó amenazan al hombre artero, engañador y perseguidor, con la pérdida de los bienes que ha recibido de los dioses. Otros dicen que el dios á quien el devoto invoca cuando se ve amenazado por ladrones y hombres de intenciones perversas aunque ocultas, acude y salva al creyente del peligro.

En la guerra y en el combate franco no tiene que respetar el indio arya ni la vida ni la propiedad del enemigo; el vencedor se queda como botín legítimo con lo que perteneció al vencido; así lo reconocen ya los antiguos himnos; pero fuera de este caso, son sagradas la vida y la propiedad ajenas, y este principio que la parte más antigua de los Vedas inculca al pueblo como precepto sagrado de los dioses, supone un grado de cultura moral admirable en aquel pueblo y en tan remotísima época.

Claro es que donde se inculcan leyes morales hay quien contraviene á ellas, y por eso hablan los himnos de los Vedas también de malvados y perversos, como aquellos que ocultamente visitan mujeres de otros, faltando á la santidad del matrimonio, de la familia y de la vida doméstica. Lo mismo puede decirse respecto de la incredulidad y hasta de las creencias falsas que debían de existir siquiera en estado rudimentario, porque también recomiendan los Vedas con gran solicitud la fe, la fidelidad y la confianza en los dioses.

La religión, bajo el punto de vista del reconocimiento y veneración de un poder divino, se llama en los libros Vedas *brahman*. Esta palabra significa el hálito que anima no sola-



Bharhut; escultura.

mente la vida intelectual, sino la historia entera del pueblo indio-arya. En el período de su historia que aquí tratamos, el que produjo y al que se refieren los libros sagrados, los Vedas, en su parte más antigua especialmente, la voz *brahman*, ó sea el culto de lo divino, no había llegado á significar la divinidad suprema que después los sacerdotes y los devotos elevaron individualizada á la altura mayor que el sentimiento religioso del hombre es capaz de alcanzar, haciéndola fundamento y esencia de todo lo existente y de todo lo que ha de existir. Tampoco, ni mucho menos, hubo en

aquel período distante brahmanes que se impusieron como sacerdotes y maestros únicos iniciados en la doctrina de la esencia divina y omnipotente, y únicos encargados de enseñarla. En aquella época remotísima de ideas más sencillas y poco definidas, se entendía por *brahma* todo acto de devoción sincera, y por *brahman* toda persona que desde lo más íntimo de su ser rendía de una manera u otra, ya en forma de oración, ya en otros actos de devoción y en su conducta, á lo divino. *Brahma* era la simple exclamación que desde el corazón angustiado ó agradecido se dirigía á la divinidad, como el himno piadoso, el cántico sagrado (*mantra*), ó todo otro acto de respeto, veneración y amor dedicado á la divinidad; de suerte que puede llamarse *Brahma* toda la colección de escrituras sagradas comprendidas bajo el nombre de Vedas, y así han llamado efectivamente muchos autores indios á esta colección. Por lo mismo, existía ya en la época más remota que nos presentan los himnos de los Vedas, el germen bien pronunciado y vigoroso de la religión de *Brahma*, ó sea del culto de lo divino y los actos piadosos y devotos, la oración y la meditación religiosa que uno de los himnos más antiguos llama «la potencia que sostiene el cielo y la tierra, que vigoriza y mantiene en acción á los mismos dioses, y que estos á su vez provocan y fomentan; pues que cuanto existe y obra proviene de los dioses.» Así es que el hombre religioso y devoto, no debe ofrecer á los dioses sino lo mejor de lo mejor, porque no hace más que restituir á los dioses una mínima parte de lo que estos le concedieron, y, dice otro himno: «no debe mirar los dones y riquezas que le conceden los dioses como producto de una cabeza de ganado que con sus crías llena sus apriscos, y no debe regocijarse con egoísmo en su riqueza.»

La oración es considerada ya por los himnos antiguos como otra ofrenda y otro sacrificio presentados á los dioses, como lo son también los mismos himnos, la recitación de sentencias piadosas y el canto sagrado, porque dicen: «Cuando los mortales encienden el fuego sagrado (el dios Agni) y se entregan á meditaciones devotas....» «Cuando los devotos cantan las glorias de la divinidad, como el hombre engaña el caballo de su carro....» «Cuando la multitud de cantores excitados por la *soma* derramada (como ofrenda) glorifican á Indra con cantos, oraciones y sentencias....» «Cuando resuenan los cánticos como las olas heridas por los golpes del remo....» «Entonces los cánticos atraen á los dioses á quienes el canto regocija, y á Indra, que se recrea con las sentencias como la yerba de los prados recrea las vacas....» «Agni é Indra son amantes del canto, y las sentencias que los glorifican, los vigorizan y les dan siempre nuevas fuerzas....» «Los cánticos y la meditación devota buscan á la divinidad como los hijuelos buscan á su madre....» Estas y otras expresiones análogas abundan en los himnos de los Vedas, pero están muy lejos todavía de ensalzar como más agradable á los dioses la vida dedicada exclusivamente á la meditación y devoción melancólicas que influencias posteriores engendraron en el pueblo indio-arya. Este pueblo era en el período de su existencia en que se compusieron los himnos de los Vedas, un pueblo de pastores y de guerreros robustos, que no tenía tiempo para dedicarse á la vida puramente contemplativa. Por eso algunos himnos excitan á los que oran á ser también activos, porque también lo son los dioses, como Savitar, el dios Sol que nunca descansa, que «á sí mismo glorifica....» «Como Indra que, muy diferente de los que indolentes se contentan con recitar oraciones, sustentando con fuerza juvenil el cielo y la tierra, proclama á voces su celo y actividad.» Estos y otros pasajes evidencian el vigor y entusiasmo juveniles en que reboaba en todo aquel período la rama aryo-india, pero en la cual vivía ya latente la ten-

dencia á la vida contemplativa, ascética y extática que después lo dominó todo y se elevó cual potencia suprema hasta sobre el mundo de los dioses. Tan pronunciada era esta tendencia á un mundo espiritual al cual conduce la oración sincera y ferviente, que en los escritos védicos del período más moderno figura ya la divinidad «el soberano y director de la oración, creación divina,» llamada «*Brihapati* ó *Brahmanaspati*,» que procura á los dioses sapientísimos su mayor dicha, la glorificación por los mortales, que como *Súrya*, el dios Sol, trae la luz de un nuevo día, y que engendra todas las oraciones. Este dios *Brahmanaspati*, hijo de *Tvashtar*, el obrero divino, goza en los himnos védicos posteriores igual consideración que Indra y Agni.

Otro acto de devoción es el sacrificio ofrecido á los dioses, que en una forma u otra se ha practicado y se practica en todos los pueblos del mundo, en los más primitivos como en los más cultos, desde las simples ofrendas y sacrificios cruentos de animales y personas hasta la oración meramente mental. Al principio hace el hombre los sacrificios dedicando á las fuerzas invisibles de la naturaleza una parte de lo que á él causa satisfacción y placer, comestibles primero, animales, esclavos y objetos preciosos después, no por admiración ni respeto, sino para hacérselas propicias y obtener de ellas lo que más desea y le hace falta. Cuando se hace el hombre sedentario y reúne alrededor de un hogar propio y fijo una familia y adquiere propiedad, tierra, choza, ganado, utensilios y provisiones, que excitan la codicia de sus semejantes y pueden serle arrebatados por las fuerzas de la naturaleza, necesita más que nunca la protección de estas fuerzas, y entonces, personificándolas, las invita á su hogar, donde les enciende el fuego y les ofrece parte de sus alimentos. En este estadio del pueblo aryo-indio, sus antiquísimas divinidades—Agni, el fuego, é Indra, las fuerzas elementales de la atmósfera, el viento y la tempestad, llegaron á la elevada categoría que desde entonces ocuparon en la imaginación de los dos pueblos, y recibieron de ellos los más gloriosos calificativos.

Cuando el hombre aprendió á preparar con el jugo de la *soma* (el hidromiel, ó acaso la vid que crece silvestre en el alto Punjab y que pronto fué cultivada) la bebida del mismo nombre y experimentó sus efectos benéficos, divinizó esta nueva bebida y desde luego la añadió á sus demás sacrificios, creando, agradecido á este nuevo don, la divinidad *Soma* y venerándola al nivel de Agni, con la cual aparece asociada en muchos himnos por figurar ambas divinidades en todos los sacrificios. Los mitos que se refieren á la invención del fuego y de la *soma* son muchísimos, é igualmente los calificativos que les dan los poetas; á Agni, representante del fuego, llaman «alimentado con manteca, dirigiéndose siempre hacia arriba, el que tiene por pendón el humo, radiante como el oro, irresistible, el que todo lo consume, el que devora impelido por el viento las selvas, barba de oro, diente aguzado,» etc., y al dios *Soma* llaman «corcel de oro, mata-penas, cura-enfermos, el que viste al desnudo, hace andar al cojo y devuelve la vista al ciego, el que anima al valiente,» porque él mismo es el campeón que guía á los demás blandiendo arma terrible. *Matarisvan*, cual otro Prometeo, bajó, según dice un himno, el fuego del cielo, y el águila llevó al hombre la planta *soma* desde las altas cumbres de las montañas peñascosas. Desde entonces supo el hombre producir el fuego ó llamar á Agni, frotando dos palos, y preparar la *soma* prensando el zumo de esta planta. El guarda de la *soma* era *Gandharva*, según otro himno, el genio de los aromas que despiden las pintadas flores, por cuya razón era el arco-iris también morada de este genio. «Indra y todos los dioses, dice un himno, son amantes del jugo dulce, meloso, picante y agradable de la *soma*....» y otro dice que

esta bebida «llena los dioses de vigor como el sol llena con sus rayos la atmósfera;» otros dicen que los dioses la desean como el toro sediento en terreno seco desea el agua; que los dioses, y el primero Indra, son capaces de beberse cubas enteras de *soma*; que esta bebida les embriaga y les hace invencibles, y da á los hombres el don de la profecía, entusiasmo, alegría, confianza en los dioses y en sí mismos, y en fin, bienes sin cuento. Un poeta piadoso compara el ruido plácido que hace esta preciosa bebida divina al pasar por el colador á la oración de un santo, y llama al dios *Soma* «Adorador de los dioses, guía de los poetas, poeta inspirado entre los sabios,» etc. Por lo demás, hay en los Vedas todo un libro de himnos dedicado á *Soma*, sin contar los muchos otros himnos en los cuales se glorifica también á la misma divinidad en unión con otras, especialmente con Agni, cuya llama sagrada alumbraba todos los grandes sucesos de la vida, el nacimiento, el casamiento y la muerte; que ahuyenta de la familia á los espíritus enemigos, los gigantes y los monstruos. Así, para la *soma*, solo servía una planta determinada; del mismo modo para producir el fuego el indio arya frotaba uno contra otro dos trozos de madera determinada, dura la una y blanda la otra. Para esta última se servía de un tarugo de *apvattha* ó *Ficus religiosa*, higuera santa, y para la primera de un palito, *gami*, ó *Mimosa sumá*, ó, según otros, *Prosopis spiciigera*. Estos árboles eran por lo mismo considerados tan sagrados como la *soma*.

No solamente entre los aryas, sino también en todos los pueblos primitivos, ciertas especies de árboles eran consideradas como sagradas, como morada favorita de determinadas divinidades ó espíritus; lo mismo sucedió cuando mucho después floreció en la India el budhismo, que entre otros considera todavía hoy la higuera como sagrada, además de la higuera santa (1).

Árboles con ó sin serpientes, estas, como en la Biblia, símbolos de la tentación, y aquellos como asiento de la ciencia divina (2), junto con la rueda, símbolo del sol, figuran en casi todos los monumentos y esculturas antiguas de la India.

Encomiando los sacrificios, recomiendan los antiguos himnos, al mismo tiempo que la oración, la actividad como una condición principal. Un himno dice: «Los dioses necesitan prensadores para hacer la *soma*; no son amigos del sueño;» y otro dice que el hombre tiene que imitar á los dioses, ser activo, incansable y trabajar con celo, á fin de que no destruya por sí mismo sus bienes y su prosperidad, y que Indra le arroje lejos de sí por indolente, dormilón é impío. «Temprano, cuando rompe el día, cuando salen las divinidades del crepúsculo matutino, al cual saluda el coro de las aves, dice un himno, apresuraos á ofrecer sacrificios á los gemelos *Açvin*; el que sacrifica primero es el preferido de los dioses.» No obstante, se hacían regularmente en las familias tres sacrificios diarios, sobre todo á Agni, por la mañana, al mediodía y á la caída de la tarde, si bien de algunos himnos puede inferirse que estos tres sacrificios no se cumplían con regularidad absoluta. En cambio, es permitido suponer que además de estos sacrificios diarios y de los que se hacían para celebrar sucesos en la familia, se celebraban también otros más generales correspondientes á las estaciones del año. Estas, en un principio, para los indios aryas que contaban los años por inviernos, eran solo tres: invierno, verano y otoño, á las cuales agregaron después la primavera y la estación pluvial á raíz del verano. También se celebraban con sacrificios las reuniones de tribus, que tenían efecto cuando se habían de

(1) El banano (*Ficus indicus*), en cambio, es el árbol santo de los brahmanes.

(2) Véase: *Tree and serpent worship*, by James Tergusson. Segunda edición, 1873.

consultar asuntos y determinar empresas que requieran la cooperación de todos; porque los indios aryas, muy al revés de los dasynes indígenas, no se ponían en campaña sin antes invocar el auxilio de la divinidad correspondiente, y para esto era indispensable ofrecerle el solemne sacrificio, y los demás actos de culto. Cantando himnos bélicos, que existían todavía en gran número, y recitando oraciones, poníanse los aryas en marcha, y con himnos de gracias y oraciones regresaban á sus hogares si habían sido victoriosos, y obsequiaban al dios protector con grandes sacrificios.

En los tiempos más antiguos no estaban ni podían estar los sacrificios tan reglamentados como lo estuvieron posteriormente cuando el uso y los sacerdotes habían creado reglas y preceptos, pero ya desde antiguo existían los himnos de Apri para hacer propicio á Agni, que venían á ser una introducción al sacrificio para aumentar la solemnidad de este acto. Para que se pueda formar idea de un sacrificio solemne y de las ceremonias y manipulaciones que lo acompañaban, daremos aquí á grandes rasgos la descripción de una de estas solemnidades tal como nos lo permiten los datos contenidos en varios cantos de los Vedas.

Se trata de una victoria obtenida en batalla campal por los aryas-indios sobre los habitantes antiguos del país: *Dabhiti*, el caudillo de los primeros, había estado en peligro inminente de caer con los suyos en manos de sus enemigos; pero por medio de su arrojo y astucia, no solamente salieron del peligro, sino que consiguieron una brillante victoria, riquísimo botín en ganados y quedaron dueños de una dilatada comarca. Para esto habían efectuado el difícil paso de torrentes estrepitosos, y sorprendido y rodeado de noche al enemigo. Miles de dasynes quedaron muertos en el campo de batalla, y los corazones de los vencedores reboaban de alegría, de gratitud y veneración á Indra, el dios de los combates, en el cual *Dabhiti* y los suyos habían puesto su confianza. Por la noche quedaron hechos todos los preparativos para celebrar la victoria en el mismo terreno conquistado con un grande y solemne sacrificio en acción de gracias al poderoso protector.

Antes de amanecer estaban reunidos ya los vencedores en el anchuroso campo donde había de celebrarse la fiesta; en un sitio algo más elevado se hallaba el esforzado jefe rodeado de cantores de las familias de *Gritsamada* y *Bharadváya* (3). Brazos robustos se mueven para sacar fuego frotando los dos palos, ó, como dice un himno, para sacar el dios Agni, de juventud eterna, de la madera en que se encuentra oculto, y apenas se produce la primera chispa, seguida luego de una viva llama, estalla un inmenso grito de júbilo, y uno de los cantores saluda al dios que acaba de renacer con un himno de gloria. Entonces acuden hombres con leña que otros rocían de manteca derretida para engordar al dios recién nacido, que se apodera de la leña, la inflama y hace cambiar de color y levanta su pendón de humo.

Entretanto va blanqueando el cielo por la parte del Este, y los hombres hacia este lado extienden en el suelo yerbas frescas y olorosas para servir de asiento muelle á las divinidades invisibles, invitadas por Agni á participar del sacrificio. Las primeras que aparecen en el horizonte diligentes y ágiles, son las del crepúsculo matutino, los gemelos *Açvin*, que en el combate del día anterior lucharon invisibles al lado del dios Indra. Ambos son saludados con un himno, y antes de concluir ya se ha enrojecido el cielo anunciando la salida del sol, y *Ushas*, la aurora, vestida de púrpura, aparece alegre en el horizonte. Entonces, de mil pechos henchidos

(3) Que eran familias de poetas y cantores sagrados ya célebres en el ramo de la composición de himnos.